

# LA OBRA POÉTICA Y ENSAYÍSTICA DE MARTÍ: UN DESAFÍO EPISTEMOLÓGICO

*Dino Plaza*  
Universidad de Chile

*A Gwen Kirkpatrick, quien valoró este trabajo*

El momento en que Martí comienza a escribir es particularmente importante para Latinoamérica. En lo que se refiere a la situación política, económica y social, el continente está sumido en profundas transformaciones. El pensamiento de moda, la opción predominante tiende a poner en el centro de los desafíos la consecución de un proyecto positivista, que permita orientar los cambios que requiere la sociedad hacia un orden *práctico y lógico* de los países.

Superado el período de anarquía que había imperado en la región desde los procesos independentistas, la modernización lentamente se apropia de las ciudades. El pragmatismo y las transformaciones tecnológicas del medio (la arquitectura, la presencia del tren como imagen símbolo de la modernidad, la actividad productiva y los avances industriales), producen un estado de jolgorio en algunos, mientras que en otros es un momento de honda crisis espiritual y de desorientación. Estos dos estados dan lugar a una situación contradictoria. Los sectores gobernantes se adhieren con entusiasmo a los nuevos cambios, mientras que en el mundo literario la situación da cuenta de la aparición de un sentimiento de disonancia que intentará manifestarse a través de una obra peculiar.

Pero la aparición de una obra literaria con estas características no saldrá a la luz espontáneamente. Habrá que esperar la consumación de un proyecto único antes de que se constituya a sí mismo.

Será el *Ismaelillo* (1882) de José Martí el que mejor encarne ese sentimiento. Su tono, su timbre, su sensibilidad dará lugar a expresiones de admiración. Hará que autores como José Asunción Silva señale, según nos dice Baldomero Sanín Cano, que en esos versos hay “algo que no había visto en la poesía española y americana del siglo

XIX [...] un timbre nuevo, una sensibilidad de fineza desconocida hasta entonces en la poesía castellana”<sup>1</sup>.

Esa misma impresión trascendió a otros autores. Logró constituirse en una referencia necesaria a la hora de separar aguas con el pensamiento hegemónico de la época. Esto porque si el discurso positivista de fines del siglo XIX postuló la aparición de un hombre racional, que resolviera los problemas lógicamente, y, por contraposición, desdeñó al hombre de letras, por considerar que la imaginación era peligrosa, propensa a la barbarie<sup>2</sup>, ese primer libro de José Martí se erigió “como uno de los núcleos generadores de la modernización literaria [pues presuponia] otro saber –el del niño, el de la visión, a veces onírica– como lugar de lo específicamente imaginario, ligado al ocio, que ahí es considerado como “refugio” de una racionalización que ‘espanta’ ”<sup>3</sup>.

Visto así, el nombre de José Martí no deja de tener gran importancia en la consolidación de la manifestación literaria latinoamericana. La emergencia de ese sujeto literario moderno se cristaliza en la páginas que ese libro quiere mostrar. Sin embargo, acercarse a su obra solo desde esta perspectiva, me parece un tanto parcial en lo que se refiere a una mirada que quiera comprender aquello que inspira y da sentido al proyecto escriturario del autor. Los escritos de José Martí cargan en sí un sentido peculiarísimo, un sentido de unidad que cruza cada página y que dan cuenta de una dimensión que rebasa con creces el afán de las clasificaciones literarias que lo fijan solo en un tiempo anterior o de aquellos discursos que se apropian de su herencia, reduciéndolo a un proyecto político que no alcanza a cubrir toda la contundencia de lo que Martí quiso indicar como un camino para Latinoamérica. En esta perspectiva, creo que lo que importa es advertir cuál es la base de sustentación que sostiene a la obra martiana, desentrañar las claves que cruzan su trasfondo, comprender qué es lo que nos quiere decir, leer cada página suya como parte del universo que conforma. A través de este ejercicio es posible que resolvamos algunas preguntas que siempre rondan a quien se acerca a la lectura de uno de sus ensayos, poemas o artículos: ¿de dónde surge la vigencia del pensamiento martiano?, ¿qué hace que sus escritos parecieran haber salido a la luz pública recién ayer para que hoy día podamos empaparnos de sus palabras?, ¿cuál es la razón por la que en estos tiempos sigue provocando tanto interés?

La hipótesis que sostengo es que debemos tratar de apreciar y comprender la obra martiana en una dimensión general que dé cuenta de la propuesta que radica en cada línea escrita por el autor. Lo que hay allí es una propuesta de conocimiento que desafía

<sup>1</sup> Citado por: Henríquez Ureña, Max, *Breve historia del Modernismo*. [2ª Edición], México, F.C.E, 1962, p. 54.

<sup>2</sup> Comentando las posturas de Eugenio María de Hostos, Ramos ve que la antítesis civilización-barbarie es parte de un discurso sobre (y desde) América Latina como lugar del caos, como carencia de la modernidad que define positivamente a Europa o EE.UU. Ver: Ramos, Julio, *Desencuentros de la Modernidad en América Latina*. México, F. C. E., 1989, pp. 56-57.

<sup>3</sup> *Op. cit.*, p. 54.

a la conciencia latinoamericana. Hay un sentido de unidad que implica un desafío. Pienso que podemos leer un poema, un artículo o un ensayo martiano bajo la convicción de que nos acercamos a una propuesta más radical, que no solo alude a un aspecto literario, social o político del cual esa página se hace cargo. Cada una de esas preocupaciones no son más que una parte de un proyecto mayor, proyecto que implica una nueva forma de conocernos, que implica hacerse cargo de una nueva forma de ser y hacer en Latinoamérica. Es todo esto un gran desafío epistemológico.

Pero para acercarnos al asunto es necesario primeramente que nos hagamos cargo de una cuestión básica: reconocemos ese sentido de unidad, del cual hemos hecho mención, a través de un mismo movimiento, una misma dirección que va de lo interno a lo externo, de lo propio a lo ajeno. Se advierte que en la cosmovisión martiana la aprehensión del mundo encuentra su punto de partida en una interioridad, una interioridad que puede funcionar como metonimia de sociedades, culturas o espacios geográficos. En cada uno de sus escritos, Martí aborda el tema desde una misma concepción, desde un mismo movimiento el cual se constituye en la propuesta epistemológica que hemos identificado. Este movimiento no es otra cosa que una estrategia de escritura. Es el mecanismo con el que el autor opera al momento de enfrentar la página. En el caso de la poesía, esta estrategia de escritura se efectúa mediante el mecanismo de la sencillez; en la prosa, a través de lo que llamamos *autenticidad*.

Sobre el primer aspecto, el de la sencillez, quiero indicar antes que nada que ese rasgo literario es apreciado en el estilo poético del cubano ya en su primer libro. Max Henríquez Ureña afirma que “Martí, más que un revolucionario de la forma, fue un reivindicador de la sencillez”<sup>4</sup>, una sencillez que, de todas formas, se elevaba a una propuesta estética novedosa y peculiar. No es una sencillez que pudiéramos ahora traducir como pretensión de ser elemental, sino más bien como la internalizó esa asidua y ferviente lectora de Martí que fue Gabriela Mistral:

La sencillez de Martí no es nunca primarismo, es decir, facilidad de primer plano y ahorro de honduras. [...] la sencillez de Martí viene ya hecho de las honduras del ser; no está lograda desde afuera, en ella no andan ni la confección ni la decisión de ‘volverse así’<sup>5</sup>.

La sencillez está presente en la escritura poética martiana, porque ella es una estrategia de escritura (una estética, en cierto modo) que permite dar viabilidad a su poesía. Frente a un mundo, donde la frialdad instrumental y racional gozaban de un alto prestigio, de validez y aprecio, la sencillez se muestra como un camino a través del cual el poeta puede dar dirección a los sentimientos profundos, a la experiencia sensitiva, a la comunicación que se genera entre el individuo y el universo. La sencillez, en ese

<sup>4</sup> *Op. cit.*, p. 60.

<sup>5</sup> Mistral, Gabriela. *Una escritura recadera*. Prólogo y referencias de Jaime Quezada, Santiago, Chile, La Noria, 1998, p. 225.

contexto, se hace necesaria para romper las corazas que impone la razón, para entablar una comunicación más directa entre el hablante y su material poético.

En el prólogo a *Versos Sencillos*, Martí señala:

Mis amigos saben cómo me salieron estos versos del corazón. [...] Me echó el médico al monte: corrían arroyos y se cerraban las nubes: escribí versos. A veces ruge el mar, y revienta la ola [...]. Se imprimen estos versos porque [...] amo la sencillez, y creo en la necesidad de poner el sentimiento en formas llanas y sinceras<sup>6</sup>.

También en el prólogo a *Mis Versos*, siguiendo la misma concepción nos informa:

Estos son mis versos. Son como son. A nadie los pedí prestados. Mientras no pude encerrar íntegras mis visiones en una forma adecuada a ellas, dejé volar mis visiones [...] No zurcí de éste y aquél, sino saqué en mí mismo. Van escritos, no en tinta de academia, sino en mi propia sangre<sup>7</sup>.

Martí declara que sus versos son el resultado de una introspección profunda. Confiesa que buscó solo en sí y no copió a nadie lo que quería expresar. Añade que no se reconocen en la academia, es decir, en la pauta canónica imperante de la época. Sus versos muestran los sentimientos y las experiencias más profundas del hablante. De la misma forma, introduce otra declaración, que ya en la cita anterior estaba presente: en vista de que no siempre halló la forma adecuada, se entregó a la confianza y a la libertad de escribir tal como le salían las cosas de su ser más profundo y con la imaginación más sensible.

Este último elemento entraña una pregunta que exige develar posteriormente dos cuestiones esenciales: ¿si Martí reconoce reiteradamente, tanto en las líneas aquí citadas, como en gran cantidad de otros escritos (que por razones de espacio no pueden ser reproducidas ahora), su decisión de enfrentar la composición poética con las herramientas técnicas que tiene a su alcance (confiando en la pureza de lo dicho como mérito poético, cuando no halló la forma adecuada para expresar), cuál es, en primer lugar, la función que le atribuye al arte y, luego, qué importancia tiene para él la forma?

Para responder estas preguntas, debemos fijar nuestra atención en su *Poética*, pues ahí es donde podemos comenzar a rastrear un acercamiento a lo que queremos saber.

<sup>6</sup> Martí, José. "Versos Sencillos". En Jiménez, J. O. *Antología crítica de la poesía modernista hispanoamericana* [4ª ed.], Madrid, Hiperión, 1994. p. 88.

<sup>7</sup> *Op. cit.*, p. 72.

La verdad quiere cetro. El verso mío  
Puede, cual paje amable, ir por lujosas  
Salas, de aroma vario y luces ricas,  
Temblando enamorado en el cortejo  
De una ilustre princesa o gratas nieves  
Repartiendo a las damas. De espadines  
Sabe mi verso, y de jubón violeta  
Y toca rubia, y calza acuchillada.  
Sabe de vinos tibios y de amores  
Mi verso montaraz; pero el silencio  
Del verdadero amor, y la espesura  
De la selva prolífica prefiere:  
Cuál gusta del canario, cuál del águila!<sup>8</sup>

En lo que se refiere al contenido, el poema es introducido por una primera declaración. Habla de que la verdad busca un lugar donde sentarse para reinar, el cetro. Luego, se asocia el verso con la naturaleza (“mi verso montaraz”) y se declara que ese verso prefiere el recinto silencioso, porque allí aparece el “verdadero amor”. Se señala que este verso prefiere el lugar natural (“la espesura de la selva prolífica”) y aparecen las figuras del canario y del águila como dos asociaciones de aves que gozan de la virtud de volar sin importar su tamaño. El verso de Martí se asume en esas condiciones. Aparece relacionado con la libertad del ave pequeña o grande, indistintamente; no importa el tamaño, sino su condición de libertad. La naturaleza, por su parte, se constituye en el lugar que reúne lo uno y lo múltiple. Ella es el espacio que el ser humano necesita aprehender, y la poesía es el vehículo que permite esta relación. Se constituye así en una forma de conocimiento<sup>9</sup>.

Frente a esto, tendríamos ahora que ver entonces ciertas líneas centrales de argumentación para nuestras preguntas. Lo primero es decir que, obviamente, el verso natural de Martí se relaciona con la sencillez que hemos caracterizado como su estrategia de escritura. Declara abiertamente su opción por un espacio natural, pues aparece asociado a la libertad y, por contraposición, indica su rechazo a aquel mundo que se enmascara en el antifaz del lujo, en las mansiones ostentosas, en el vino tibio, etcétera. Todos esos elementos aparecen asociados aquí con lo falso, con lo engañoso y artificial; lo natural, en cambio, tiene directa relación con lo auténtico, con la verdad en definitiva, y el verso de Martí (es decir, la poesía) ha optado por ese camino, busca alcanzar la verdad.

<sup>8</sup> *Op. cit.*, p. 84.

<sup>9</sup> Para conocer en detalle esta relación es recomendable el artículo de Ángel Rama: “José Martí en el eje de la modernización poética: Whitman, Lautreamont, Rimbaud”. En: *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXXII/1, pp. 96-135.

En la perspectiva de lo dicho anteriormente, la sencillez aparece, entonces, como una estrategia para alcanzar aquello que para el autor era una opción irrenunciable: llegar a lo verdadero, a lo más auténtico. En esa misma dirección, el arte es un camino para llegar al ser profundo, una forma de lograr un diálogo directo entre el sujeto y el universo. Por eso es que, sin renunciar a la forma, reconoce que cada vez que no puede hacer coincidir un sentimiento con su forma correspondiente, busca denodadamente la manera más honesta de decirla. Porque, en definitiva, esa es la función del arte: “el modo más corto de llegar al triunfo de la verdad, y de ponerla a la vez, de manera que perdure y centellee, en las mentes y en los corazones”<sup>10</sup>.

Respecto a la otra pregunta, hay que señalar que no es que para Martí la forma no importara, sino que simplemente ésta ocupaba su lugar correspondiente en la composición artística. Es más, si observamos el sentido trascendente que tiene para él el arte, sería ridículo que creyéramos que la forma no era causa de preocupación en su obra. El asunto es que la forma ocupaba una justa dimensión dentro de su mundo creativo.

Al respecto, Fernández Retamar indica que “otro aspecto entre los muchos que pueden destacarse en la crítica martiana, es la relación que vio, en la obra de arte, entre los elementos formales y los que algunos llaman de fondo o contenido, y que Martí, con más acierto, prefirió llamar ‘de esencia’. De acuerdo con su concepción de la realidad, él no consideró ambos elementos separados, sino estrechamente fundidos. [...] Pero, naturalmente, jamás incurrió Martí en el culto a la forma en sí –ni de la forma de la obra de arte ni de la realidad: ‘el arte no ha de dar la apariencia de las cosas’ (...), ‘sino su sentido’. Y al año siguiente, en su texto sobre Sellén, censuró a los franceses de ‘esta época de tránsito’, porque, carentes todavía de un pensamiento nuevo, ‘pulen y rematan la forma [...], o riman, por gala y entretenimiento, el pesimismo de puño de encaje que anda de moda”<sup>11</sup>.

Advierte Martí que aquellos que se ocupan de la forma y la deifican en desmedro de lo que él llama la esencia, están produciendo un arte inútil, un arte que no cumple aquella función vital que le atribuye: transformarse en el camino más corto para llegar a la verdad<sup>12</sup>.

<sup>10</sup> Fernández Retamar, Roberto. *Para una teoría de la literatura hispanoamericana* [3ª ed.], México, Nuestro Tiempo, 1981, p. 12.

<sup>11</sup> *Op. cit.*, pp. 22 y 25.

<sup>12</sup> De hecho, Martí reconoce el uso de formas tradicionales en la composición de su poesía. En el prólogo a *Flores del destierro*, por ejemplo, se refiere al ritmo de sus versos como “desusado”. Y lo cierto es que recurrió a los patrones populares de la tradición española, en general, para darle forma y ritmo a su poesía. Esto, sin embargo, no es una debilidad, sino que, muy por el contrario, es lo que la crítica recogió como una virtud de su poesía, por cuanto reutilizaba formas que habían caído en desuso, dándoles nueva vida y vigor. Además, me parece que este gesto u opción de Martí es plenamente consecuente con el deseo de utilizar la sencillez como estrategia, ya que, de otra manera, al haberse dedicado a

En la conciencia martiana los dos aspectos son importantes. Tanto la forma como la esencia son elementos que no escapan a su interés, por cuanto sabe que de la mezcla de los dos, puede surgir el arte, la poesía que le permita al individuo (autor o lector) alcanzar un conocimiento más profundo del universo, de su posición en él y de su relación con él y con los otros.

Pero si volvemos al primer punto de esta exposición, el de la sencillez como estrategia escritural, es necesario que veamos ahora cuál es la correspondencia que se produce entre esa estrategia y el problema de la forma, por una parte, y el de la función del arte, por otro.

Me parece que los tres elementos confluyen en un mismo sentido.

Primero, debemos considerar que desde el punto de vista de la función del arte, Martí considera que éste sirve para alcanzar una verdad (verdad que se dibuja en su conciencia como un autoconocimiento profundo de sí mismo) y, por lo tanto, es obvio que la única manera de conseguirlo es a través de la honestidad, distante de cualquier elemento que tienda a engañar u ocultar aquello que se busca.

Segundo, esta sencillez aparece así como una estrategia de escritura precisamente por eso, porque, por un lado, indica la necesidad de no ocultarse tras artificios poéticos (que tienden a enaltecer la forma por sobre la esencia) y, por otro, porque al materializarse en literatura, dentro del contexto de la época en cuestión, es evidente que termina transformándose en una expresión de rechazo o tal vez crítica o tal vez protesta o, simplemente, de evasión de un medio asfixiante que intenta imponer la racionalidad (la que termina siendo siempre vanidad o coraza) como única opción válida. Con esto, esa época está optando también por la forma. Niega la esencia, la espiritualidad humana, asociada con el arte, y señala que las únicas necesidades reales del individuo se centran en los medios de subsistencia, en la materialidad<sup>13</sup>.

---

experimentar con la forma novedosa, hubiera caído en una vanidad artística que no estaba dispuesto a cultivar. De aquí, pues, que creo también que, cuando la crítica se ha referido a esa irregularidad poética de Martí, debiera observarse que esa supuesta debilidad literaria no es más que una virtud, particularmente en lo que se refiere a su deseo de llevar adelante un proyecto literario que implique una conciencia global del arte como una actividad que permita llegar a la verdad antes que al artificio.

<sup>13</sup> Quisiera introducir aquí una sospecha que no puedo ocultar. Me parece que si comparamos las opciones de Martí respecto del asunto de la forma, con el exceso (por el uso abusivo del artilugio, de la artificiosidad rítmica y métrica) del sistema modernista rubendariano, no podemos dejar de pensar que el camino que abrió Martí, en tanto precursor del modernismo, era bastante distinto del que adoptaron quienes quisieron darle continuidad. Esto, por supuesto, no implica desconocer el avance que supuso para la literatura latinoamericana el aporte que realizó Darío. Sin embargo, no hay duda de que su obra dista, en lo que se refiere al problema del papel de la forma al interior de la poesía, de aquello que había hecho quien lo precediera. Se trata obviamente de dos posturas. Una, que intenta un

Frente a todo esto, tenemos ahora que apreciar la propuesta de Martí como una reacción contra el vacío espiritual, que se ha introducido en América Latina con la llegada del mercantilismo<sup>14</sup>. Su concepción del arte no es distinta de sus concepciones sobre otros aspectos de la vida<sup>15</sup>.

En el imaginario martiano cada aspecto de la existencia tiene una estrecha relación con cada dimensión del ser humano. Nada es más importante que lo otro. Cada parte tiene su antítesis y, a su vez, estas partes se reúnen dialécticamente y conforman un todo unitario e integral. Así, el arte (la poesía particularmente) es un camino que cultiva y satisface la dimensión espiritual del ser humano, mientras que los medios de producción deben ser entendidos en su justa medida, como un medio para satisfacer las necesidades básicas o físicas de las personas. En la conjunción integral de esos dos componentes se produce la auténtica felicidad, el conocimiento profundo, el ideal de verdad que propicia Martí.

Dicho en otras palabras, así como el arte debe sostener, intrínsecamente, una estructura equilibrada entre esencia y forma, de la misma manera, el espíritu (la poesía, el arte) y la materialidad física (el mundo productivo) deben procurar un punto de equilibrio que genere una existencia humana integral.

Pero pasemos ahora a otra esfera del mismo asunto. Al confrontar las ideas martianas con su propia vida y el lugar que ocupa el arte dentro de sus actividades, se observa una correspondencia casi proporcional con sus convicciones. El sistema imperante, el proceso modernizador, provocó una división del trabajo en la escala social y “los hombres de profesiones intelectuales trataron ahora de ceñirse a la tarea que habían elegido”<sup>16</sup>.

---

equilibrio entre forma y esencia y, la segunda, que explota la enorme capacidad creativa para trabajar la imagen plástica y la construcción formal.

<sup>14</sup> Roberto González Echeverría dice que “el poeta moderno sólo siente su carencia. La poesía para éste no es un código, dado que, como notas sobre un pentagrama, puede interpretar con mayor o menor fidelidad, sino que está dentro de sí, en un deseo inarticulado, y fuera, en un lenguaje heterogéneo y disperso”. Es decir que, si seguimos la afirmación de Echeverría, tendríamos que decir que esa búsqueda de la verdad que se propone Martí en su poesía es la carencia que le produce el mundo en el cual vive, un espacio donde la poesía ha sido descartada como discurso plenamente válido. Ver: González Echeverría, Roberto, “Martí y su ‘Amor de ciudad grande’: notas hacia la poética de Versos Libres”. En *Nuevos asedios al Modernismo*, ed. Iván A. Schulman, España, Taurus, 1987, p. 161.

<sup>15</sup> Fernández Retamar dice que el pensamiento de Martí es “orgánico, riguroso, en el cual los distintos aspectos –sentido de la vida, de la historia, de la política, de la moral, de la estética, por mencionar unos cuantos– no son sino eso: aspectos de un mismo pensamiento, creciente pero unitario”. Fernández Retamar, *op. cit.*, p. 12.

<sup>16</sup> Henríquez Ureña, Pedro. *Las corrientes literarias en la América Latina* [2ª edición], México, F. C. E., 1994, p. 165. (Tengo perfecta conciencia de las discrepancias que se

El Martí hombre no pierde de vista esta relación con la actividad creadora. De hecho, en “Hierro” de *Versos Libres*, dice: “ganado tengo el pan: hágase el verso”. Con esta declaración da cuenta de la forma en que enfrenta las dos dimensiones que complementan su vida. Ya satisfechas sus necesidades básicas, cumplidas las tareas periodísticas que le permiten subsistir, puede dedicarse tranquilamente al esparcimiento significativo, a la experiencia estética (espiritual, trascendental, con lo que terminará completando el círculo que contiene las dos dimensiones de la vida para él. Y nótese esto como un contraste ante el estilo actual, donde el individuo funcionario sale del trabajo y se enajena, se pierde en la entretención, negando la dimensión que lo conecta con su ser más profundo).

El sentido con que Martí enfrenta su trabajo creativo es lo que se identifica con el ocio, con ese instante en que el hombre puede volverse sobre sí para echar a volar su imaginación y, de esta forma, escapar temporalmente al ruido de la ciudad y al agobio del trabajo. Con esto, se asoma a una cierta conciencia de que el arte necesita su propio espacio y de que ya no posee el prestigio que había tenido en América Latina, dentro de la idea que Ramos denomina el “saber decir”<sup>17</sup>. Por lo mismo, Martí hará de su vida una existencia que se nutrirá de dos dimensiones humanas, que a él le parecen igualmente indispensables: el trabajo ensayístico (asociado a su preocupación política y de difusión) y el poético.

Por eso defenderá acaloradamente la poesía, porque verá en ella un medio para ese diálogo espiritual que se hace tan necesario para el individuo y para la vida de las naciones, en una escala mayor:

¿Quién es el ignorante que mantiene que la poesía no es indispensable a los pueblos? Hay gentes de tan corta vista mental, que creen que toda la fruta se acaba en la cáscara. La poesía, que congrega o disgrega, que fortifica o angustia, que apuntala o derriba las almas, que da o quita a los hombres la fe y el aliento, es más necesaria a los pueblos que la industria misma, pues ésta les proporciona el modo de subsistir, mientras que aquella les da el deseo y la fuerza de la vida<sup>18</sup>.

La noción de las necesidades del individuo y de la vida de los pueblos que defiende Martí se relaciona, al igual que en los aspectos anteriores (el de forma y esencia,

---

observan en el análisis que realizan Ramos y Ureña de este hecho. Para Ramos, la emergencia del sujeto literario moderno es resultado del espacio negativo que construyó el mercantilismo de la época asociado al discurso positivista, mientras que para Ureña es efecto de la división del trabajo que produjo la economía moderna. Ya sea por efecto de una u otra cosa, o más bien, tal como yo lo veo, en una correspondencia donde ninguno de los planteamientos termina por negar completamente al otro, lo cierto es que nuestro análisis no se ve afectado por las observaciones de los dos críticos y, de igual manera, contribuyen a nuestros objetivos).

<sup>17</sup> Julio Ramos, *op. cit.*, p. 52.

<sup>18</sup> *Op. cit.*, p. 26.

poesía y subsistencia) con las dualidades que clásicamente ha identificado la filosofía. De hecho, en un estudio sobre la espiritualidad de Martí se manifiesta que “el problema de la relación de la materia y la forma, del espíritu y el cuerpo [...], de lo intangible y lo tangible [...], es imposible de resolver dentro de los estrechos marcos del naturalismo –esto último lo había afirmado Martí en su crítica al evolucionismo de Darwin y de Spencer– e, incluso, es imposible de resolver tomando como argumento decisivo el conocimiento científico-particular”<sup>19</sup>.

Lo cierto es que Martí se asume en un punto intermedio entre los excesos de uno u otro lado. Al delirio materialista o espiritualista responde con una posición que busca integrar en su justa medida los componentes que complementan el todo humano y el todo universal, y, finalmente, propicia la relación simbiótica que se produce en la unidad de esos elementos.

“Yo estoy, dice él, entre el materialismo que es la exageración de la materia, y el espiritualismo que es la exageración del espíritu”<sup>20</sup>. Su postura se ubica en la valoración idealmente correcta y bien dimensionada de la importancia que tienen el plano espiritual y el material para la vida. La fuente de unidad y de perfectibilidad que puede producir la unidad de estos elementos se ubica en el individuo como centro universal de una conciencia superior y realizada.

En Martí se construye así un mundo neoplatónico que coincide con el de Plotino, quien señalaba que a “Dios hay que llegar y todas las cosas tienden a él, pero al mismo tiempo, de Dios emanan todas las cosas”<sup>21</sup>. Este mundo ideal que construye Martí tiene su correlato en el ámbito filosófico y se explica y desarrolla en una concepción que observa un movimiento universal, donde cada elemento es parte de un todo y, a su vez, de ese todo sale cada parte (no debemos entender ese Dios o todo, como la imagen construida desde la versión judeo-cristiana). Con esto, se produce la consecución de un pensamiento que observa un orden universal perfecto, pero que se puede desequilibrar cuando se le da mayor prioridad a un aspecto.

El mundo en el cual le toca vivir a Martí padece este mal. La incorporación de mecanismos externos, como medio de solución de los problemas del desarrollo económico, ha provocado la desintegración de una cierta unidad que permitía el crecimiento integral del ser humano. Latinoamérica se extravía y Martí se transforma en el portavoz de los sentimientos de disonancia. Su época verá florecer la fuerza inusitada de una nueva voz poética. La sencillez actuará como la estrategia necesaria para consolidarla.

En lo que se refiere ahora al ámbito ensayístico, tenemos que observar cómo se manifiesta ese movimiento común al cual nos referíamos más arriba. Si hemos señalado

<sup>19</sup> Jardines, Alexis y González, Jorge. *Reflexiones en torno al espiritualismo de José Martí*. Cuba, Editorial de Ciencias Sociales, 1990, pp. 6 y 7.

<sup>20</sup> *Op. cit.*, pp. 11, 12.

<sup>21</sup> *Op. cit.*, p. 18.

que hay un sentido de unidad que cruza a la obra martiana, debemos entender que la estrategia de escritura que aquí se manifiesta tiene el mismo sentido de orientación que apreciamos en la poesía. La autenticidad, en este caso, parece ser el mejor término para dar cuenta de aquel aspecto que ha sido el más difundido del pensamiento martiano. Su ideario político particularmente ha cobrado fuerza a través de ese aspecto que tanto se ha enfatizado en *Nuestra América*:

Ni ¿en qué patria puede tener un hombre más orgullo que en nuestras repúblicas dolorosas de América, levantadas entre las masas mudas de indios, al ruido de pelea del libro con el cirial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles? [...] El buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país, y cómo puede ir guiándolos en junto [...]. El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. [...] Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. [...] No hay batalla entre civilización y barbarie, sino entre falsa erudición y naturaleza. [...] La historia de América, de los incas de acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. No es más necesaria. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas. Y calle el pedante vencido; que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas<sup>22</sup>.

La autenticidad resuena en estas líneas como un llamado de atención. Más que un emplazamiento a la “originalidad” de los pueblos latinoamericanos, entendemos que Martí propicia la consumación de un ser verdadero. Ser nosotros mismos, asumir nuestra realidad es prioritario. La naturaleza en este sentido aparece una vez más como imagen productora de un significado primordial. Contra la falsa erudición, la naturaleza. Se constituye en la antítesis de lo encubierto, de lo falso. Ella es la fuente necesaria donde todo ser humano debe beber. A través de su comprensión el sujeto se comprende mejor a sí mismo. La naturaleza reúne la pluralidad en lo único. El debate se traslada hacia fronteras distintas de las que se señalan. El problema no es entre civilización y barbarie, sino entre el encubrimiento (identificado con la falsa erudición) y la verdad (identificada con la naturaleza).

A este aspecto se suman los del buen gobierno, el del conocimiento de la propia historia y el de la propia cultura. En cada uno de los temas que aborda, manifiesta una tendencia a rescatar y valorar, antes que nada, aquello que se reconoce como lo propio, aquello que circunscribe nuestro hábitat, tanto físico, como cultural. La propuesta

<sup>22</sup> Martí, José. “Nuestra América”. En *Escritos de un Patriota*, Buenos Aires, Ediciones Jackson, 1987, pp. 3, 4, 6.

de Martí, en el terreno político no es, en este sentido, distinta de lo que propone en su poesía. Así como ha reivindicado la sencillez (en tanto instrumento que permite adentrarse en lo más profundo del ser, descartando lo que enmascara, lo que genera una falsa ilusión, como el artificio técnico y la razón pragmática), en el terreno del ensayo político reivindica el conocimiento de lo propio para insertarse, después, en la cultura y las tradiciones políticas generales (esta es una tendencia que se manifiesta en la extensa obra escrita por el autor, sin importar cuál sea el tema que aborda). Es decir, hay un mismo movimiento: desde lo íntimo hacia lo público, desde lo interno hacia lo exterior, desde lo propio hacia lo ajeno, desde lo particular hacia lo universal

La apuesta del autor es absolutamente coincidente en un plano y otro, y se constituye en una idea que produce como efecto inmediato el de la aparición de un problema epistemológico. La noción sobre la ubicación de Latinoamérica en el mapa mundial varía y, de paso, se trastocan los valores y los principios que sostenidamente se han mantenido como panacea para los problemas de la dependencia económica y cultural del continente.

La propuesta de Martí pudo haber producido, ya a fines del siglo XIX, un cambio importante en el *locus* de enunciación de los saberes en el mundo. Frente a una postura que, desde los procesos independentistas, había cambiado el modelo de la referencia española (la que se presentaba como voz autorizada del saber) por la referencia francesa, él postuló la posibilidad de decir, saber y conocer desde lo propio, desde el espacio americano (el cual se reconocía en lo bárbaro, de acuerdo con el imaginario positivista). Para Martí este espacio era la fuente del saber, el espacio natural, el sitio auténtico desde donde debía obtener su autoconciencia todo ser humano que formara parte de él. Era en este lugar del mundo donde se encontraban las respuestas y las soluciones a los problemas que aquejaban al continente. Era en esta parte del planeta donde encontraba asidero la vida individual y colectiva de sus habitantes. En este sentido, hemos señalado que la propuesta que entraña la obra martiana es radical. Ella implica desautorizar el espacio tradicionalmente fijado por la modernidad europea y de los EE.UU. Significa establecer un nuevo orden de relaciones, en cuanto al origen plenamente validado de los saberes y las verdades. No solo indica un nuevo espacio para la constitución del saber, sino que además traza un camino a seguir<sup>23</sup>. Señala la necesidad de no desconocer la dimensión íntima del ser humano, la obligación de comprender que la

<sup>23</sup> Si bien es cierto que un estudioso como Walter Mignolo ha señalado la importancia de que algunas “prácticas teóricas no sólo están cambiando nuestra visión de los procesos coloniales, sino que también están desafiando la base misma del concepto Occidental del conocimiento y del entendimiento al establecer conexiones epistemológicas entre el lugar geocultural y la producción teórica”, advierto que ya Martí había efectuado ese primer gesto de descentramiento. La obra de Martí constituye sin lugar a dudas el primer antecedente de aquello que por estos días parece tan novedoso (Ver: Mignolo, Walter, “La razón postcolonial: herencias coloniales y teorías postcoloniales”. En *Revista Chilena de Literatura*, 47 (1995), 103).

espiritualidad, el arte, son tan necesarios como comer y vestirse y, además, en una connotación más profunda, les da sentido a esas necesidades materiales inmediatas.

En esta dirección, el pensamiento martiano marca un camino importante en nuestros días. Su vigencia se multiplica en mil formas de búsqueda que pueden alcanzar esa única verdad: ser, hacer y conocernos desde nosotros mismos. Queda de manifiesto que el ideario de Martí sigue esperando una práctica concreta.